

DULCE MARÍA LOYNAZ

JARDÍN





Dulce María Loynaz

(La Habana, Cuba, 1902-1997) fue poeta y narradora. Desde joven estuvo en contacto con la vida cultural de la ciudad debido a las tertulias literarias que se realizaban en su casa, en el barrio de El Vedado. Desarrolló una extensa obra poética y otros géneros como el ensayo, la crónica, el epistolario y los libros de viajes. *Jardín* es su única novela, escrita entre 1928 y 1935, y publicada en España en 1951. Ese mismo año fue elegida miembro de la Academia Nacional de Artes y Letras de Cuba. Más tarde ingresó a la Academia Cubana de la Lengua y a la Real Academia Española en 1959. En 1992 le fue otorgado el Premio Cervantes.

JARDÍN

EJEMPLAR PARA DIFUSIÓN

COLECCIÓN VINDICTAS

NOVELA Y MEMORIA

EJEMPLAR PARA DIFUSIÓN

DULCE MARÍA LOYNAZ

JARDÍN

EJEMPLAR PARA DIFUSIÓN



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
México 2021

Jardín

Primera edición: Aguilar, 1951.

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas

Nombres: Loynaz, Dulce María, 1902-1997, autor.

Título: Jardín / Dulce María Loynaz.

Descripción: Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, 2021. | Serie: Vindictas. Novela y memoria.

Identificadores: LIBRUNAM 2121379 | ISBN 978-607-30-5568-0

Clasificación: LCC PQ7389.L78.J3 2022 | DDC 861—dc23

D.R. © 2022, MARÍA DEL CARMEN HERRERA MORENO.

Primera edición colección Vindictas: 13 de diciembre de 2021

D.R. © 2021 UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán, 04510, Ciudad de México

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

www.libros.unam.mx

ISBN: 978-607-30-2096-1 (colección)

ISBN: 978-607-30-5568-0

Esta edición y sus características son propiedad de la UNAM.

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio, sin autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

PRELUDIO

Esta es la historia incoherente y monótona de una mujer y un jardín. No hay tiempo ni espacio, como en las teorías de Einstein. El jardín y la mujer están en cualquier meridiano del mundo —el más curvo o el más tenso—. Y en cualquier grado —el más alto o el más bajo— de la circunferencia del tiempo. Hay muchas rosas.

No es, gracias a Dios, una novela humana. Quizá no sea siquiera una novela. El Diccionario de la Lengua dice —y hay que creerle— que novela es una obra literaria donde se narra una acción fingida; y cabe preguntar si merece el nombre de acción este ir y venir infatigable, este hacer caminar infinitamente a una mujer por un jardín.

Si no lo merece, no habrá novela, al menos considerado el punto en buena retórica; y si, por el contrario, le justificamos la condicional de acción, forzoso es convenir que su trama ha resultado tan espaciada y débil, tan desprendida a tramos, que apenas alcanza a sostener la armazón de los capítulos, que, sin embargo y sin previsión de la inconsistencia en que se asientan, han querido llevar —a usanza de los lindos capítulos de estilo— un nombre y un número.

No sé si, una vez hecha, se me rompa la invertebrada historia en otras manos menos cautelosas que las mías y con menos precisión de serlo. No sé si los lindos capítulos se echarán a volar a la primera mano que abra el libro. Previendo ese final, he querido añadir a la palabra novela el adjetivo de lírica, que más que paradoja viene siendo como una atenuante, como una explicación.

Nada lo libra, sin embargo, de ser un libro extemporáneo, aunque una mujer y un jardín sean dos motivos eternos; como que de una mujer en un jardín le viene la raíz al mundo.

Extemporáneo porque, para fatiga mía, voy contra la corriente. Como no pude nunca interesarme en las cocinas modernas ni en los idilios de casino dominguero, he venido a hacer de la criatura de mi libro un ser de poca carne y poco hueso, un personaje irreal, imposible de encajar en nuestros moldes, en nuestros modos, en nuestros gustos y hasta en nuestras creencias.

Así salió de la punta de mi lápiz; así la desentrañé de su jardín y la volví a él, fresca todavía, con frescura de mata, e intangible.

No se me oculta que este huésped intruso, esta recién venida inesperada, por su sola presencia, aun sin moverla mucho, aun sin tocarla, me hace ya arrostrar grandes peligros; hasta el peligro de lo inverosímil, de la ira que acarrea lo inverosímil en nuestra época, en que hay que vivir —y morir— de realidad.

Acaso podría haberme hecho perdonar estas furtivas incursiones al reino de la fantasía, esta ligereza, este mariposear en los linderos de lo prohibido, si a fin de cuentas me hubiera propuesto algo útil o, por lo menos, definido en ello... Pero ni aun eso puedo alegar a mi favor.

Si en vez de dar a la protagonista ese nombre de Bárbara, tan duro; ese nombre recio y tajante, que parece pesar sobre sus hombros delicados, la hubiera llamado algo parecido a Psiquis, habría, por lo menos, alcanzado algún fin, me habría por de pronto aproximado al símbolo, única escuela, única concreción que todavía me inquieta, y también única, quizá, a la que podría aspirar.

Pero aun eso, con no ser mucho, era demasiado para mis fuerzas, y así, el doblar de las hojas que siguen sólo será, para el que quiera doblarlas, una sucesión inco-nexa y entrecortada, a veces, de árboles y de agua, de árboles que se nos confunden con figuras humanas o figuras deshumanizadas que nos parecieron árboles y que se nos quedan atrás, que no distinguimos bien, como si las viéramos pasar fugazmente por la ventanilla de un tren en marcha.

En algún momento la mujer se nos contagiará del antiguo misterio vegetal que apri-siona su vida; en otro, será el jardín el que abandone su rigidez leñosa, el que se vivifique a ese temblor de sístoles y diástoles que ella logra traspasarle a la honda raíz, al tallo tibio.

Aún debo confesar, ya que el que lee tiene derecho por lo menos a la honra-dez del que escribe, que me ha faltado enteramente el propósito de hacer amena esta lectura. Tal vez no escribí la poco entretenida historia de Bárbara para que fuese leída; tal vez sólo busqué en la aventura un modo vago de liberarla de sí mis-ma, de afirmarle los pies entumecidos en un camino nuevo, sin saber de fijo adónde el camino me la llevaría...

Como he tardado siete años en hacerlo, no creo que sea obra perdonable. Este es un libro extemporáneo; no es malo, sino fuera de ocasión.

Yo le hubiera hecho aguardar más tiempo a mi sombra. Las cosas, en mí, van muy lentamente y me hubiera sobrado paciencia para una espera de veinte años; lo que hoy me mueve a empujarlo de este umbral oscuro en que suspenso permanece ha sido el pequeño, insidioso temor que me asaltó de pronto una mañana, de que su hora ya no estaba por venir, sino que había pasado.

Un sabio alemán debe consolarme de estas penas. Decía Schleider: “¿En qué es inferior el horticultor que nos presenta frutas delicadas al botánico consumado que nos describe los tejidos vegetales? ¿Es verdaderamente científico que haya desdén de uno para otro?”

Viejo filósofo de los nortes, dime también a mí, que de otro modo me he puesto a andar con plantas y con tierra, que amo también el verde, y a mi manera le persigo o le doy el alma oscura que late en su clorofila —sensible misterio de luz—; dime con tu palabra serenadora que este libro tampoco será menos que la fruta del horticultor paciente. Que sea —nada más— como la fruta, como la fruta que nos presentan sonriendo en una tarde de verano...

Habana, junio 21 de 1935,
a las siete menos cuarto de la tarde.

JARDÍN

Sólo los animales encuentran
natural la Naturaleza.

TEIXEIRA DE PASCOAES

EJEMPLAR PARA DIFUSIÓN

Bárbara pegó su cara pálida a los barrotes de hierro y miró a través de ellos. Automóviles pintados de verde y de amarillo, hombres afeitados y mujeres sonrientes pasaban muy cerca, en un claro desfile cortado a iguales tramos por el entrecruzamiento de lanzas de la reja. Al fondo estaba el mar.

Bárbara se volvió lentamente y entró por la avenida de pinos.

Una gran luz que venía de un punto indefinido proyectaba extrañas sombras sobre los senderos del gran jardín.

Era la sombra de los árboles enjutos y de las estatuas mutiladas a lo largo del camino medio borrado entre la hierba.

El vestido se le enredó en un rosal, y las rosas estaban frías. La luna gris apareció en lo alto de la casa.

Brillaron los muros blanqueados de cal, cuadrados y simétricos; brillaron las rosas.

Y ella también brilló en una espesa claridad de espejos.

Y así, de pronto, la luna empezó a temblar con un temblor cada vez más apresurado, más violento cada vez, y las sombras de las cosas giraban al revés y al derecho, y Bárbara se detuvo y miró a lo alto. La luna se desprendía; desgarraba las nubes y se precipitaba sobre la tierra dando volteretas por el espacio.

Pasó un minuto y pasó un siglo. La luna, en el alero del mirador, rebotó con un sonido de cristales y fue a caer despedazada en el jardín a los pies de Bárbara.

Astillas de luna saltaron sobre su cara, y ella pudo sentir todavía un frío desconocido.

Se arrodilló en el sendero, recogió de entre la hierba la luna rota y la envolvió en su chal de encaje.

La tuvo un rato entre las manos, dueña por unos segundos del secreto de la noche. Luego hizo un hoyo muy hondo en el lugar en que la tierra era más tibia... Y así enterró la luna en el jardín.

Arriba plantó un gajo de almendro y se fue con las manos húmedas embarradas de tierra y de luna.

Afuera pasaban los automóviles verdes y amarillos.

EJEMPLAR PARA DIFUSIÓN

PRIMERA PARTE

Dios Todopoderoso, primeramente
plantó un jardín.

BACON

EJEMPLAR PARA DIFUSIÓN

CAPÍTULO I

RETRATOS VIEJOS

Bárbara está en su alcoba mirando retratos viejos. La alcoba tiene las paredes encaladas y altísimo el techo de viguetería rematado por un friso que representa combates de monstruos, guerreros acometidos por dragones y vuelos de grandes aves negras.

Un cortinaje de color violeta muy desteñado cuelga sobre los huecos de las puertas, haciendo de fondo oscuro y movable como el lecho de un río a los grandes muebles de madera tosca, aún con pesadez del árbol primitivo; entre las masas de sombra clarea el espejo, puesto tan alto que nadie podría mirarse en él. Su turbia luna sólo refleja el tropel de dragones empolvados del friso.

Algunas veces, Bárbara ha sentido pena por este espejo inútil, sin renuevo de imágenes, condenado por siempre a la inmovilidad y a la ausencia de toda vida.

Pero ahora ella sólo está atenta a su redada de retratos que van saliendo del pasado como de un mar revuelto donde ella fuera la única perdida pescadora.

Hay una ventana que cae al jardín; luce un poco de verde a través de la entornada puerta... Una puerta que nunca puede abrirse por impedirlo el tronco de un almendro que arranca junto al mismo muro de la casa, afirmando en él, con presión lenta y creciente, sus nervudas ramas.

En el aire persiste un suave olor de almendras y de menta, olor frío y amargo de que se impregnan las cortinas, las sábanas del lecho, los pájaros embalsamados en las rinconeras de mármol. Una colección de litografías antiguas en que se reproduce la historia de Thais, mitiga a tramos la blancura áspera y casi rechinante de las paredes. En el reloj de la consola marcan las agujas horas absurdas; pero sabemos que va caído el mediodía porque un chorro de oro vivo fluye por el trasluz de la ventana y baña la figura pensativa, absorta en la banal dedicación.

Bárbara está mirando retratos viejos, y sus manos tienen la fina amarillez de las cartulinas esparcidas sobre su lecho.

Los retratos crecen y forman una pirámide que pronto se desploma y se vuelve a formar junto a la cabecera; algunos caen al suelo, y un soplo de la brisa los arrastra, los dispersa entre una blanca fuga de bolas de naftalina. La naftalina es dura y fría como grano de estrellas.

Sabrosa melancolía de los retratos viejos... Hundir la mano en la empolvada burguesía de los grupos familiares —el niño más pequeño en el maternal regazo, cabezas en escalinata, el perro moviendo la cola.

¡Y las modas antiguas, los absurdos cuerpos invertidos, las cataratas de lazos y pasamanería!

La bisabuela joven... La cara, un poco borrada, no se ve bien —vuelitos, vuelitos de encaje—. Sobre el pecho amplio, muy escotado, una preciosa cruz de filigrana, una cruz como la que Bárbara oprime ahora despacio entre sus dedos.

(Los pájaros embalsamados alargan sus cuellos y pegan los picos al cristal de sus urnas para ver mejor.)

La tía bisabuela, eso es... Y ¿cómo sería? Dicen que era la mujer más bella de su tiempo y que tenía un ojo de distinto color que el otro; un ojo más azul y otro más verde.

Las bolas de naftalina tropiezan, deteniéndose, con las flores pintadas en la alfombra, y el olor de almendras se mezcla al olor antiséptico y refrigerante de la nafta. (¿Hay sombras bajo el agua estancada del espejo?)

La bisabuela fue la mujer más bella de su tiempo y seguramente la más amada... Era un poco rara y murió joven. Unos dicen que la envenenaron con zumo de adelfas, y otro insinuó también que ella misma se había clavado en el corazón el alfiler de oro de su sombrero.

Se mueven las hojas verdes por el espacio que deja libre la entornada puerta. ¿Quién anda por el jardín sin ruido en los pasos y con batir de hojas, con escapar de pájaros?

Las manos de Bárbara remueven los retratos, deshacen envolturas, entresacan los de más abajo... Sale un daguerrotipo primitivo, casi borrado ya. Sólo se distinguen los entorchados del uniforme y los ojos fijos, de una